

La gestación de los partidos políticos en el siglo XIX occidental

Jorge Luis Bernetti (*)

(*) Profesor Investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

El medio de comunicación social dirigido a la formación de la opinión pública en los siglos XVIII y XIX fue el periódico, luego de atravesar el diseño de gazette y luego el diario. Esta capacidad de comunicación entre nacientes públicos y balbuceantes estructuras partidarias constituye uno de los trayectos de constitución de las fuerzas políticas de la modernidad. La imprenta no se dedica desde su origen solamente a la producción de libros hasta que surgen los periódicos. Desde el siglo XV aparecen panfletos que describen festivales, victorias militares, elogios de la realeza y funerales de los famosos. A partir del suceso producido por la difusión de estos eventos y actividades la imprenta es usada por los poderes del Estado para que el gobierno respectivo informe a sus súbditos acerca de decretos, proclamaciones y avisos. Y también «la controversia política y religiosa dio paso a una producción especialmente nutrida que iba de propaganda ordinaria a tratados refinados». (Henri-Jean Martin, Williams, 1992).

Es ya en el siglo XVII que en Inglaterra un amplio conjunto de pequeños impresores producían los elementos de la «campana electoral» de la época: billetes, carteles, direcciones electorales y respuestas de candidatos. Se está no solamente en los inicios de la constitución de la «opinión pública» sino del antecedente más antiguo del moderno marketing electoral de los partidos políticos de la segunda mitad del siglo XX.

En el siglo XVIII, los almanaques y calendarios se constituyeron en uno de los productos más solicita-

dos. En 1770, la Stationers' Company de Londres imprimía 207.000 copias de catorce almanaques distintos, de los cuales sólo uno de ellos, la *Vox Stellarum* llegaba a 124.000 copias.

Esta expansión era consecuencia de diversas medidas y definiciones producidas en el campo social, porque la libertad de prensa había experimentado un avance sustantivo a partir de la Gloriosa Revolución de 1688. En 1696, la Ley de Licencia -para la prensa había sido derogada. El rápido desarrollo de los medios gráficos, propiamente de la prensa periódica, la independencia política de la que se supo dotar asustaron tanto a la Corona cuanto al Parlamento. Surgió en 1712 el timbre fiscal y por ello subió el precio de los ejemplares, lo que limitó su circulación.

En Francia, durante la época de la Ilustración surge una prensa vigorosa de carácter científico y literario. Así, el *Journal de Savants* en 1665 servía de modelo para las Transacciones de la Sociedad Real de Londres. Los periódicos especializados o las hojas de propaganda al estilo de los Affiches de Lyon (1748) escaparon a las persecuciones de la censura.

Pero el desarrollo comercial de la prensa se produjo de manera vigorosa en Inglaterra. El *Daily Courant* (1702) es registrado como el primer periódico diario del mundo. Las tiradas de prensa se multiplicaron por ocho, a pesar de la vigencia del timbre fiscal entre 1712 y 1757. La fuerza del desarrollo condujo en 1771 a la aceptación, por cuenta del Parlamento, de la publicación de sus debates. Dieciséis años más tarde, el pensador conservador, fustigador de la Revolución Francesa, Edmund Burke enuncia el concepto del Cuarto Poder.

El estallido de la Revolución genera en Francia la Declaración de los Derechos del Hombre. Su artículo XIX garantizaba que «la comunicación libre del pensamiento y la opinión es uno de los más preciados derechos del hombre. Por lo tanto, cada ciudadano puede hablar, escribir o imprimir libremente excepto en los casos que la ley lo impida». La expansión del periodismo político se verifica en este período, donde los líderes revolucionarios como Mirabeau, Desmoulins, Marat y Hébert son periodistas.

El establecimiento de la Convención, el ascenso de la marea revolucionaria, las luchas feroces entre las

facciones condujeron a la exasperación del uso reglamentario restrictivo del artículo XIX *in fine*. El Directorio y luego Napoleón enfrentaron con dureza el principio de la libertad de prensa, atacando en la práctica el principio de la libertad de prensa, para enfrentar la competencia política.

Pero es la reacción europea la que critica el principio genérico de la libertad de prensa. Cuando la oleada más brutal de la reacción planteada por el Congreso de Viena se comienza a debilitar en Europa, es el pontífice Gregorio XVI quien fulmina el principio liberal. En la encíclica *Mirari Vos*, Roma embiste contra la «libertad de prensa». Habla de ella como de una «libertad para difundir cualesquiera escritos, esta libertad detestable y que jamás será suficientemente abominada, y que algunos se atreven a pedir y promover con tanto ruido». Esta exasperada proclama reaccionaria se emite en 1832. Sobre todo, la Silla Apostólica rumia su furia contra la aparición en el propio campo de apologistas de esa libertad. Es en un periódico, *L'Avenir*, fundado en 1830 por el católico liberalizado Lammenais y en el que colaboran Lacordaire y Montalembert donde el Papa lee acerca de las «libertades modernas» que entusiasman a algunas de sus ovejas más destacadas.

La Iglesia Católica seguía la línea planteada en 1766 por Clemente XIII, cuando en plena expansión de la Enciclopedia atacaba «la insolente y espantosa licencia de libros producidos cada día en mayor número». (A. Mattelart, *La invención de la comunicación*, Siglo XXI Editores, México, 1995).

La expansión de la prensa escrita genera otro tipo de detractores, de otra perspectiva por cierto. Será Carlos Marx, quien en 1845 se sumará a los críticos del folletín y golpee así a Eugene Sue. Para Mattelart, el papel del folletín en Francia y en otras sociedades contemporáneas será jugar el papel que el comic desempeñará en los Estados Unidos, a partir de 1880, cuando una población recién inmigrada, analfabeta absoluta o que no domina el inglés ingresa a la sociedad industrial.

También para Mattelart «la controversia entre Marx y Sue es la primera en la que se expresa la incompreensión del proyecto revolucionario respecto de los mecanismos que permiten el éxito de una cultura del

entretenimiento destinada a las grandes mayorías».

Si bien el periódico servía a las burguesía y sus diversas fracciones y subsectores para propagar sus ideas e informar de sus proyectos políticos, también el proletariado se sirvió de su metodología para la organización de sus fuerzas masivas y revolucionarias .

La prensa política revolucionaria -liberal o socialista según el caso- se liga estrechamente al desarrollo de la fuerza partidaria, pero pese a su intención ideológica expresa, la prensa de desarrollo masivo contribuye a gestar un escenario social de amplitud del cual dista de ser plenamente consciente el proyecto revolucionario. Los partidos de masas, del cual la social-democracia alemana constituye un paradigma, construyen su propio espacio cultural de socialización política. Una propuesta informativa que se enlaza con el resto de la oferta cultural que se gesta, y dice gestarse, paralela y alternativamente al poder del Estado y la sociedad burguesa.

I- El surgimiento del partido político en la Revolución Francesa

La distancia que media del moderno partido político a los esbozos de formaciones que se perfilan en la Revolución Francesa subraya mas que aleja ese origen. El lenguaje político occidental ha universalizado aquél desarrollo al punto de fascinarse por la ubicación geográfica de los parlamentarios en las asambleas de la Revolución y generalizar «derecha» e «izquierda» como las posiciones que caben a la moderación y al radicalismo en un sistema político establecido en la India en 1950, en Estados Unidos en 1910 o en España en 1936.

Los jacobinos («La Montaña» en la Convención) constituyen el modelo de la organización política. Su estructura, «el Club», gesta un espacio de información y debate, de comunicación política directa y de organización primaria para la acción.

Las reuniones brindan espacio para la expresión de los oradores, en general, los grandes políticos y los agitadores de la fuerza. Constituyen la instancia de reunión y agrupación para la acción. En ese espacio físico se funda el comité y núcleo de base, la geo-

grafía de la política occidental. Una parte de la clase media liberal se organizó hasta el fin para ser revolucionariamente burguesa.⁽¹⁾ Junto a ellos, como aliados pero como devoradores de su política, surgieron los sans-culottes (trabajadores pobres, artesanos, tenderos, operarios), organizados en las secciones de París y apoyados en sus propios clubes. Organización sólida porque «las secciones eran un instrumento admirable para la actividad sans-culotte, ya que sus reuniones se celebraban todas las tardes en locales de fácil acceso para todos sus miembros».⁽²⁾ Con sus propios periodistas como Hebert y Marat (editor entre otros de *Le Publiciste Parisien*), gestaron su prensa paralela a la de los jacobinos como Dantón.⁽³⁾ Frente a frente se ubicaron, en la Convención, y en toda la escena de la Revolución los liberales moderados, provenientes del departamento mercantil de La Gironda. Los girondinos, terminaron como sus adversarios jacobinos complicados con aliados peligrosos. Si en un caso fueron los sans-culottes, en éste último lo constituyeron los realistas.

El club es el espacio de distribución, de cabeza de circulación y de lectura pública de los nerviosos periódicos político-partidarios de la Revolución. El periódico jacobino sans-culotte es una hoja claramente político-partidaria, no financiada por la publicidad y distante de ofrecer la información que se precia de objetiva y general de la prensa comercial del capitalismo de fines del siglo XIX. «Sólo con la legalización del Estado burgués de derecho y con la legalización de una publicidad políticamente activa -juzga Habermas- se desprende la prensa raciocinante de la carga de la opinión; está ahora en condiciones de remover su posición polémica y atender a las expectativas de una empresa comercial corriente».⁽⁴⁾ Esa hoja que se financia exteriormente a su éxito público, (no depende de la bondad de su circulación, ni del precio de venta -inexistente-, ni de sus avisos comerciales), está fuertemente determinada por la posibilidad de circulación pública frente a la censura del aparato estatal. Un aparato en violenta transformación y en incesante cambio de manos de una fracción, o ala de fracción, a otra. Si el modelo revolucionario jacobino que seduce a Lenin, pero también a Trotsky en sus paralelizaciones comparativas de las

dos revoluciones,⁽⁵⁾ como símil de los revolucionarios del Octubre Ruso posee un punto de verosimilitud, el mismo debe reconocerse en esa prensa que es, en París de 1789 o en Petrogrado de 1917, «el gran organizador colectivo». (La radio se comienza a establecer mundialmente luego de la finalización de la Segunda Guerra Mundial).

Ello es más importante que el juego de comparación metafórico que para Trotsky, el afebrado historiador en el exilio, transformó el ascenso de Stalin en el Termidor soviético.

Esa fascinación está asentada también en observaciones bien distantes de las preocupaciones del profeta desterrado. «La distribución geográfica del apoyo a los diversos partidos políticos -observa Hampson- debe más a la tradición y menos a la economía en Francia que en Inglaterra. Difícilmente puede ser una casualidad que los bastiones comunistas en el Centro y en el Sudeste (N.del A.: en los años setenta del siglo XX) -donde las industrias en gran escala son relativamente escasas- estén localizados parcialmente en aquellas regiones donde los clubes jacobinos y los ejércitos revolucionarios fueron particularmente numerosos en 1793».⁽⁶⁾ La acción política asentada en la organización del club-comité constituye así un fuerte antecedente del partido político occidental, tanto en su variante de masas, parlamentaria -mencheviki- como en la conspirativa, bolcheviki.

El fuerte desarrollo crítico de la escuela revisionista respecto de la Revolución Francesa y su paralelización con la soviética dista de cuestionar el momento fundacional de la idea-práctica partidaria. Para Furet «el fenómeno stalinista echó raíces en una tradición jacobina que estaba simplemente desplazada (se articula nuevamente, esta vez con el fenómeno soviético, la doble idea de un comienzo de la historia y de una nación-piloto) y que durante un largo período, que está lejos de clausurarse, la noción de desviación, ligada a un origen que se ha mantenido puro, permitió salvar el valor supremo de la idea de Revolución».⁽⁷⁾

Esta fuerte embestida contra una tradición de la izquierda francesa que ha sobrevivido hasta mediados de los '70, está lejos de poner fuera de circulación la vinculación del origen partidario en el club

Notas

⁽¹⁾ Hobsbawm, E.J., *La era de la revolución (1798-1848)*, Labor Universitaria, Monografías, Barcelona, 1991, pág. 63.

⁽²⁾ Hampson, Norman, *Historia social de la Revolución Francesa*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1974, pág. 187.

⁽³⁾ *Ibíd.*, pág. 63.

⁽⁴⁾ Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Ed. GG Mass Media, México, 1986, pág. 212.

⁽⁵⁾ Trotsky, León, *Historia de la Revolución Rusa (Tomo I)*, Ed. Tilcara, Buenos Aires, 1962, págs. 199 y 128.

⁽⁶⁾ Hampson, op.cit., pág. 277.

⁽⁷⁾ Furet, Francois, *Pensar la Revolución Francesa*, Ed. Petrel, S.A., Barcelona, abril 1980, pág. 23.

político revolucionario francés. La ideología masónica, la más general en 1789,⁽⁸⁾ y su sistema de producción en la obligada sociedad secreta, alimenta a la mayoría de las fracciones. El club político en sus sesiones abiertas organiza y genera las bases del establecimiento de la opinión pública. «En el París de 1789, cada político un poco importante tiene su club; cada dos, su periódico; 450 clubes y cerca de 200 periódicos se constituyeron entre febrero y marzo».⁽⁹⁾

Esos periódicos constituyeron la mayor vía de expansión popular de los escritores franceses que ya se había desarrollado intensamente en el siglo XVIII. Esos escritores «no proporcionaron solamente sus ideas al pueblo que la hizo (a la Revolución); le comunicaron -escribió Tocqueville- también su temperamento y su humor. Sometida durante tanto tiempo a su disciplina, careciendo de cualesquiera otros conductores, en medio de la profunda ignorancia de la práctica en que se vivía, toda la nación, al leerlos, acabó por contraer los instintos, los rasgos espirituales, los gustos y hasta los defectos naturales de los que escriben; de tal suerte que, cuando por fin tuvo que actuar, transportó a la política todos los hábitos de la literatura».⁽¹⁰⁾

Casi todo partido occidental, revolucionario o no, bolcheviki o mencheviki, -con excepción de los británicos- debe gran parte de su modelo a esta fiebre pedagógica de discusión -lectura-discusión-acción que se gesta en el aula del club político de la Revolución Francesa. Salón intelectual popularizado, curso de educación popular volcado a la práctica inmediata generó tanto la posibilidad de imitación del modelo conspirativo profesional para la revolución proletaria, como la organización amplia para la lucha legal y parlamentaria con objetivos reformistas del sistema liberal.

II- El embrión partidario frente al modelo cesarista de Luis Napoleón Bonaparte

El breve pero dinámico proceso enmarcado entre la Revolución del '48 y el golpe de estado de Luis Napoleón Bonaparte exhibe el desarrollo gelatinoso de los partidos políticos excitados en el juego parlamentario pero constreñidos aún en los marcos de la

prohibición de las asociaciones que retorna recurrentemente. En su clásico texto sobre el período mencionado,⁽¹¹⁾ Carlos Marx apuntó en una definición perdurable que «la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos». De allí, que Marx observe que en las épocas revolucionarias los protagonistas políticos suelen convocar en su auxilio a «los espíritus del pasado». Así «Lutero, se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República Romana y del Imperio Romano (...) Es como el principiante que al aprender un idioma nuevo lo traduce mentalmente a su idioma nativo, pero sólo se asimila el espíritu del nuevo idioma y sólo es capaz de expresarse libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida su lengua natal».⁽¹²⁾

¿Pero cuál pudo ser la referencia en el pasado que tomaron los hombres del '48 para estimular el nacimiento de un instrumento nuevo -el partido político- en un contexto de ensayo de nuevas formas de representación, de ensanche de la proposición democrática- burguesa?

Ni Marx ni críticos de Marx acerca de su interpretación del '48 lo indican. Quizás porque esta forma nueva carecía de antecedentes que pudieran fácilmente ser identificados en una representación colectiva; el partido político aparece, en esbozo, como una institución insinuada, evanescente que parece irse constituyendo alrededor de los órganos periodísticos que simpatizan con aquella. El 25 de febrero de 1848 una República es proclamada; para algunos constituye «una república transitoria en espera de la restauración monárquica». Sin embargo, frente a estos republicanos de compromiso están los republicanos de ayer, la «auténtica». Pero la referencia histórica de estos no puede indicarse en la historia de Grecia clásica o de Roma, ni siquiera tampoco el conocimiento de la moderna república burguesa de los Estados Unidos. Para los entusiastas, los auténticos, pensar la República en 1848 es «pensar en la Revolución Francesa».⁽¹³⁾

El avance de la idea republicana tuvo que luchar en la memoria colectiva con fuertes inconvenientes. La Revolución Francesa en su etapa histórica más

⁽⁸⁾Hobsbawm, op.cit., pág. 59.

⁽⁹⁾ Habermas, Jurgén, op.cit., pág. 211.

⁽¹⁰⁾ Tocqueville, Alexis de, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1969, pág. 195.

⁽¹¹⁾ Marx, Carlos, "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en *Obras Escogidas*, Tomo I, Ed. Progreso, Moscú, 1980, págs. 408-498.

⁽¹²⁾ Marx, Carlos, op.cit., págs. 408-409.

⁽¹³⁾ Agulhon, Maurice, *1848 El aprendizaje de la República*, editado por Secretaría de Publicaciones del CEFYL-UBA, 1995, tomado de AGULHON, Maurice, *1848 ou l'apprentissage de la République*, Paris, Editions du Seuil, 1973, en traducción de Marcela Nari y Luciano de Privitello.

fuerte -de 1791 a 1794- afirma el credo republicano en el gobierno de la guillotina, los controles económicos, el radicalismo del Terror. Desde 1814 a 1848 no había sido tan sencillo rescatar la idea de que la profundización de la Revolución en 1793 hubiera sido condición necesaria para salvar aquellas conquistas mínimas que hubieran podido cobijarse bajo un manto monárquico en condiciones normales. Según Agulhon los valores jacobinos en 1815 no gozaban de popularidad. Por ello, frente al difícil esfuerzo de reconstrucción de aquellos, el deber ser que Marx propone parece exagerado: «La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido».⁽¹⁴⁾

Lo que podría denominarse partido republicano «se componía esencialmente del conjunto, disperso y sin lazos, de sus familias (de los jacobinos, N. de JLB) es decir, de sus ancianos y de sus descendientes».⁽¹⁵⁾

No existe un detalle crítico de la ruta de sobrevivencia y expansión de la idea republicana principista. Pero las hipótesis conducen, más allá de los rastreos personales o familiares a la contribución de las logias masónicas, las sociedades secretas o los «simples círculos». De alguna manera parecen estas asociaciones constituirse en esbozos de mapas para entender la constitución de ese y otros partidos en la nueva Revolución.⁽¹⁶⁾

Casi contemporáneamente, era un conde francés no precisamente pro-jacobino quien iba a brindar conocimiento a sus compatriotas acerca de la asociación política en los Estados Unidos. Alexis de Tocqueville pudo comprobar que «independientemente de las asociaciones permanentes creadas por la ley bajo el nombre de comunas, ciudades y condados, hay una gran cantidad de otras más que no deben su existencia y su desarrollo sino a las voluntades individuales». Tocqueville juzga que en los Estados Unidos ese derecho de asociarse casi se confundía

de con la libertad de escribir pero concluye que «la asociación posee más poder que la prensa».

Luego escribe que el segundo grado en el ejercicio del derecho de asociación es el de reunirse y que «los partidarios de una misma opinión pueden reunirse en colegios electorales y nombrar mandatarios para ir a representarlos a una asamblea electoral.

Este es, propiamente hablando, el sistema representativo aplicado a un partido».⁽¹⁷⁾

Pero este desarrollo norteamericano constituía un proceso constante y ascendente desde la Revolución de 1776. En Francia, en cambio, el interruptus reaccionario de 1815, (con la derrota de Napoleón en Waterloo y la realización del Congreso de Viena) más allá de la rectificación que supuso la entronización del rey burgués en 1830, fue una de las rupturas y retrocesos frecuentes en la historia de Francia desde 1789 en la intrincada construcción de un régimen político estable de base democrática.

Agulhon identifica un «confuso ascenso de las masas hacia la cultura»,⁽¹⁸⁾ curso éste en el que combinan la difusión de la lectura de periódicos en los cafés tanto como los primeros efectos de la ley Guizot sobre instrucción primaria y el desarrollo del movimiento romántico y socialista del entorno de Michelet, George Sand o Pierre Leroux.

Por otra parte, el clima de época conduce lentamente a la modificación del régimen político. La clase dirigente conoce geográficamente el país, descubre el folklore. Este movimiento empuja al romanticismo cultural y es empujado por él. La estrecha idea de Francia sostenida por muchos burgueses cede paso a una visión más amplia del país que empuja a una mayor confianza acerca de su porvenir. El entusiasmo concreto por Francia y sus posibilidades económicas conspira contra el mantenimiento de un régimen electoral oligárquico. Todo ello presiona hacia la Revolución del '48, en un sordo enfrentamiento también contra la ilegalidad (art. 291 del Código Penal) de las asociaciones. El partido republicano del '48 agrupaba de manera ocasional y circunstancial a los partidarios de la República. La organización estable, la disciplina y concertada estaban enfrentadas a una ética de la política que exaltaba el compromiso y la disposición individuales.

⁽¹⁴⁾ Agulhon, op.cit., pág. 3.

⁽¹⁵⁾ Marx, op.cit., págs. 410-411.

⁽¹⁶⁾ Agulhon, op.cit., pág. 3.

⁽¹⁷⁾ Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Política y Derecho, México, 7a. edición-2da. reimpresión, 1994, pág. 207.

⁽¹⁸⁾ Agulhon, op.cit., pág. 8.

En ese contexto, el liderazgo individual como el de Alexandre-Auguste Ledru-Rollin, prototipo de republicano, pasaba entre otras condiciones por el sostenimiento vigoroso de la prensa adicta a este ideario. Pues «a lo largo del XIX, las salas de redacción de los periódicos, lugar permanente de encuentro, discusión y, a veces, acuerdos -como ya se vio en 1830- fue lo que más se parecería a las oficinas, comités o estados mayores de los partidos del siglo XX».⁽¹⁹⁾

«*El Nacional*» y «*La Reforma*», los dos periódicos republicanos, uno moderado y el otro radical, organizaban el campo respectivo. (El primero, según Marx «era puramente republicano exigía que el dominio de la burguesía adoptase formas republicanas en vez de monárquicas, y exigía sobre todo su parte de león en este dominio».)⁽²⁰⁾ El desarrollo de las asociaciones continuó paralelo y entrelazado, en ocasiones, al de los periódicos. La persecución a las asociaciones es fuerte en París como en provincias y allí se trata, muchas veces sin éxito de relanzar las hojas locales. Al lado de la asociación revolucionaria en decadencia, estaba la franc-masonería que brindó cierto refugio para cobijar las ideas republicanas. En un desarrollo de otra perspectiva, la del espacio público, se utilizaba el marco de los círculos, un escenario polimórfico donde al desarrollo de la amistad seguía la lectura y el comentario de los periódicos, momento de desarrollo de la discusión política o de tono social.

La prensa se convertía así en una fuerte aproximación a la idea de partido político en el siglo XX. La definición de Lenin del periódico del partido revolucionario bolchevique como «el gran organizador colectivo» está prefigurada en este papel de la prensa republicana. Los grandes redactores asumieron un papel de gran prestigio ante el público y, por otra parte, también los promotores de suscripciones de los periódicos se convirtieron en quienes anudaban lazos partidarios informales. Muchas veces éstos eran obreros despedidos por su militancia que conseguían un trabajo de promoción del medio. Sus viajes los ponían en contacto con el público ante el cual desarrollaban su conocimiento de la situación parisiense y política en general.

Junto a esta articulación entre periodismo y vida

partidaria progresiva, marchaban paralela y entrelazadamente procesos como la producción de la *Revue Independant* de George Sand y Pierre Leroux donde se conjugaban el liberalismo de Michelet y el socialismo de Louis Blanc. Esta publicación desarrolló una vasta influencia. En tanto, la prensa periódica reveló ya el desarrollo de las nuevas corrientes radicalizadas. Al lado de *La República* aparecían órganos socialistas o comunistas como *La Democracia Pacífica* de Víctor Considerant ó *El Popular de Cabet*. Solitariamente, *L'Atelier de Buchez*, un verdadero medio obrero, hasta por sus redactores, trata de reunir República y Socialismo. El tema de la extensión de la libertad de prensa estuvo presente en toda la escena del establecimiento del bonapartismo. Un aspecto que Marx subraya al indicar la dureza de la ley de prensa que acompañó a la legislación electoral reaccionaria del 31 de mayo de 1850. Por aquella norma, aprobada en julio de ese mismo año por la Asamblea Legislativa se aumentó considerablemente la suma que los editores de periódicos debían depositar y se introdujo el impuesto al timbre que se extendió hasta los folletos. En ese marco, «las condenas a multas exorbitantes y a desvergonzadas penas de cárcel con que los jurados burgueses castigaban todo ataque de los periodistas burgueses contra los apetitos usurpadores de Bonaparte, todo intento por parte de la prensa de defender los derechos políticos de la burguesía contra el poder ejecutivo causaban el asombro no sólo de Francia, sino de toda Europa».⁽²¹⁾ Una observación importante pero finalmente poco sopesada; esa autonomía relativa y contradictoria en la condena de los burgueses a su prensa, ¿no contenía el reconocimiento implícito de una autonomía relativa en el marco de lo político del derecho a la libertad de prensa?

III- La Organización de las formas proto-partidarias en la Italia rural y en la España del siglo XIX

En situaciones sociales atrasadas el partido aparece creado desde el poder central y la organización de la moderna forma de mediación de la representación es montada a partir de organizaciones tradicionales.

¿Cómo se gesta así la moderna forma partidaria occidental del siglo XX? Las experiencias española e

⁽¹⁹⁾ Agulhon, op.cit., pág. 13.

⁽²⁰⁾ Marx, op.cit., pág. 418.

⁽²¹⁾ Marx, op.cit., pág. 476.

italiana en la segunda mitad del siglo XIX presentan estimulantes experiencias acerca de esta constitución y ofrecen sus materiales y, sobre todo, sus rutas de interpretación en una complejidad apartada de lo aparentemente evidente.

En el caso español, la segunda mitad del XIX está atravesada por ese largo episodio de reconstrucción y mediación política que fue nombrado como La Restauración, esto es, un recorrido cronológico entre el 30 de diciembre de 1874 (fin de la Primera República) y el 13 de diciembre de 1923, fecha del cuartelazo del general Primo de Rivera. El regreso de los Borbones al trono se monta como una compleja operación política pilotada por Cánovas del Castillo, el líder del partido liberal-conservador. Porque el momento político español incluía entre sus datos más preocupantes «la guerra carlista así como la guerra independentista cubana (que) consumirían progresivamente energías y potencial beligerante de la coalición liberal-conservadora».⁽²²⁾

Es decir, que por una parte el edificio político del Reino se encontraba enfrentado a la irresuelta cuestión carlista con su tradicionalismo legitimista reaccionario movilizadado como guerra civil con fuerte apoyo de la Iglesia y, por la otra, presionado por el continuado derrumbe de los restos del Imperio, causado notoriamente por la lucha independentista cubana que iba a cerrarse, provisoriamente, con la Paz del Zanjón que pondría punto final a la Guerra Grande. Surgió entonces un proyecto mucho más realista para construir un sistema político destinado a preservar la unidad nacional y construir las bases de un sistema político estable.

Por ello, el pilar básico del programa construido en el Pacto de El Pardo (entre conservadores y liberales, liderado por Cánovas y Sagasta) consistió en privilegiar la estabilidad, a partir del turno, un proyecto de redistribución del poder adelantado a los pactos que bien entrado el siglo XX tratarían de resolver también problemas sistémicos en Colombia y Venezuela a finales de la década del '50 (liberales y conservadores, en el primer caso; copeyanos y adecos en el segundo).

La redistribución fue realista, no todos ganaron: «las partes extremas del partidismo político del momen-

to, fundamentalmente, republicanos y carlistas, que gozaban por diversas causas de numerosos apoyos en sectores populares y zonas regionales características, fueron excluidos del juego político ortodoxo».⁽²³⁾ Pero algunos de sus representantes estaban presentes en el Congreso de los Diputados, amén del Senado, para incluir al menos los bordes de los que cuestionaban el sistema.

La Restauración se basó, para estructurar el sistema político, en el caciquismo, pero éste se constituyó en un sistema estable y no-violento. Para la compleja organización del sistema implicó «el abandono del viejo principio Progresista de la soberanía nacional en favor del reconocimiento del papel de la Corona como árbitro del poder».⁽²⁴⁾

El renunciamiento de Isabel II a sus derechos dinásticos y el envío del príncipe de Asturias a realizar su formación militar en la academia militar de Sandhurst (Inglaterra), formaron parte de una operación política que procuró mellar las componentes ultra-reaccionarias en la formación del futuro monarca. Por otra parte, en la formación como militar de éste se orientó a construir el rol del Rey-Soldado, como comandante en jefe del Ejército y la Armada, punto clave para soldar la verticalidad castrense a la corona y reducir las posibilidades de pronunciamientos. (De algún modo, el mecanismo anticipó el plan ejecutado con otro Borbón, el nieto de este Alfonso XIII -Juan Carlos I- para restaurar una monarquía democrática sometiendo al comando directo de la Corona a un ejército conservador).

Un esfuerzo sistemático del estudio de Varela Ortega se dirige a tomar distancia de la concepción que identificaría directamente en la política económica de la época las querellas entre libre-cambistas y proteccionistas con las líneas políticas de liberales y conservadores, respectivamente. Aunque Varela Ortega reconoce el peso del librecambismo en el ala izquierda liberal y del proteccionismo en el partido conservador, distingue los debates económicos de las operaciones políticas. El sostenimiento del sistema de estabilidad caciquil no fue atravesado centralmente por la disputa entre libre-cambismo y proteccionismo, dado que ambos partidos utilizaron con real politik esos instrumentos para, de manera casi

⁽²²⁾ Martínez Cuadrado, Miguel, *La burguesía conservadora*, Ed. Alianza Universidad, Historia de España Alfaguara VI, Madrid, 1973, págs. 9-10.

⁽²³⁾ Martínez Cuadrado, op.cit., pág.16.

⁽²⁴⁾ Varela Ortega, José, *Los amigos políticos (Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900))*, Ed. Alianza Editorial, Alianza Universidad.

conjunta, conducir el mercado español a un progresivo cierre y defensa tanto de la producción industrial de Cataluña y el País Vasco, como de la agricultura triguera de Castilla. «El cerrado proteccionismo a que se llegó no fue tanto el resultado de un pacto explícito entre los tres clásicos bloques, grandes y poderosos (textiles, naviero-metalúrgicos y trigueros) cuanto la coincidencia discontinua de intereses individuales -y con frecuencia contradictorios- en una suerte de proteccionismo integral».⁽²⁵⁾

La sociedad española de la Restauración constituyó una sociedad burguesa, en la que se liquidaron privilegios locales, aunque fue rural, burocrática y subdesarrollada en relación a los centros más adelantados de la Europa Atlántica. Uno de los problemas políticos de esta situación lo constituyó la posibilidad de que la izquierda liberal hiciera bloque único con los republicanos y tumbara a la Monarquía y el sistema de estabilidad y turno para los dos bloques del sistema partidario. Y por ello, para la conducción de Sagasta «la palabra Conciliación era su divisa y es la palabra que con más frecuencia aparece en la prensa Liberal de los últimos años ochenta».⁽²⁶⁾ Construir esa conciliación tenía un fuerte centro en Madrid: la Secretaría de la Gobernación. Con la utilización de un fuerte poder centralista, el ministerio político realizaba la obra de arquitectura política. A partir de la relación de patronazgo, formalizada en la voz cacique de importación americana (de larga duración porque se mantiene en la vida política mexicana actual) se liquida en forma práctica el principio de igualdad ante la ley. El diputado trabaja más en el Ministerio que en la Cámara, más allá de los retóricos jefes de partido, para lograr de manera concreta la satisfacción de las demandas de los votantes o servidores políticos.

Esta compleja vinculación entre el cacique local y los jefes de partido nacionales, está mediada por la Gobernación y, en última instancia, en los grandes giros políticos, por la Corona.

El voto robado, el voto cantado definía el proceso electoral. «El caciquismo es patronazgo; y éste, una forma de relaciones personales que cortaba a través de colectividades, fueran clases o cualquier otra forma de organización social».⁽²⁷⁾

Tampoco el poder económico tenía capacidad para influir en el sistema político, porque el poder no dependía de votos y la injerencia gubernamental era muy alta.

El «pucherazo», volcar las urnas, utilizar nombres de electores ficticios para resolver el problema de la falta de simpatizantes se convirtieron en temas comunes. Pero siempre bajo el control del intercambio de partidos en el gobierno. «La desmovilización política fue característica del período y la abstención masiva, regla electoral».⁽²⁸⁾

En Italia, la organización del sistema político a partir de la monarquía piemontesa con Vittorio Emanuele a la cabeza de la casa real y el conde Cavour como jefe de filas del partido liberal, también registró esa compleja construcción del nuevo orden político. Un centro que enfrenta a los poderes municipalistas que se resisten en el marco de una cultura nobiliar a transparentar los marcos políticos electorales. Claro que, a partir de 1870, la amenaza ultra-montana será conjurada con la victoria del reino sardo en contra del poder del Vaticano. Pero el problema era que la vida partidaria era de escasísimo desarrollo. Según Cavour, había que «combatir el municipalismo y antes bien alentar los procesos de unificación en los distritos; trabajar en principios análogos a los que estaban en vigencia en los países del continente europeo que son nuestros mayores en la carrera de las instituciones libres: la elección en un solo grado, directa, confiada a electores empadronados».⁽²⁹⁾

También como en el caso español, en Italia la intervención del centro era poderosa. La escena de Il Gatopardo en la que el conde de Lampedusa es convocado a representar el distrito de su región y su inmediata declinación en favor del burgués con cuya hija su sobrino se casa, enlazando nobiliaridad y fortuna, es una circunstancia típica de ese transformismo que va constituyendo rudimentariamente un sistema político-partidario.

En el caso italiano, los conflictos del sistema incluyen tanto el choque directo del Estado y el municipalismo, como luchas que pueden ser definidas como enfrentamiento entre centro y periferia.

Con un alto grado de oportunidad en el borde de la legitimidad «el sistema italiano adoptando leyes fran-

⁽²⁵⁾ *Ibíd.*, pág. 204.

⁽²⁶⁾ *Ibíd.*, pág. 283.

⁽²⁷⁾ *Ibíd.*, pág. 366.

⁽²⁸⁾ *Ibíd.*, pág. 420.

⁽²⁹⁾ Romanelli, Raffaele, *Le regole del gioco. Note sull'impianto dello sistema elettorale in Italia (1848-1895)*, Quaderni Storici, No. 69, anno XXIII, fascicolo 3, diciembre 1983. (Traducción realizada en el seminario).

cesas uniformes lo resolvería todo en el entrelazamiento de reglas formales y reglas pragmáticas que fue construyéndose poco a poco con sabiduría y gradualismo, en el diálogo entre el poder central, autoridades administrativas y las formas más diversas con las que de hecho se ejercitaba el poder en la sociedad de la época».⁽³⁰⁾

En esa constitución de las reglas se conjugaran elementos como el del lento conocimiento del país y la ruptura de los localismos exacerbados: el viaje a una comarca vecina para votar en un colegio electoral unificado podía ser considerada un camino cultural hacia la política, en el proceso de constitución del Estado-Nación.

Por cierto, que la inclusión o exclusión de los analfabetos se convertía en un episodio de importancia capital para la limpieza del acto electoral y de la discriminación en el sistema político. El brutal manipuleo de la condición analfabeta se articula con las diversas formas de verticalización del voto, por ejemplo, a partir del manejo de los empleados públicos. Nada que no pudiera ser registrado en el régimen falaz y descreído de la República Conservadora argentina.

De allí también la lucha del poder parlamentario y central para lograr que la conformación de la lista de empadronamiento sea expropiada a los cuerpos electivos locales.

Este tema se vincula con la matriz histórico-social de Italia y también con el modelo electoral adoptado en consonancia. Es fuerte la tentación comparatista, la utilización de normas y prácticas surgidas del sistema político francés (donde el gobierno construye en cada colegio electoral su propia candidatura) y el inglés, donde los partidos funcionan con autonomía frente a la neutralidad del poder.

De allí entonces que la intervención política central podía tener los ribetes más notorios de la corrupción: engañar analfabetos, regalar comida y licor, pagar traslados entre ciudades de electores, hacer la escritura de la boleta a los analfabetos.

El tema de la limpieza y mejora del sistema político encuentra una sorprendente contribución que surge de la acción del partido moderado (conservador) y por cierto católico.

En tanto se reitera en los informes ministeriales y las discusiones la obsesión por la presión indebida del clero sobre los electores («la Cámara reconoce que el uso de los medios espirituales por parte del clero, además de influir en las elecciones constituye una violencia moral».⁽³¹⁾

Aparece entonces desde el gobierno la necesidad de terminar con la práctica de los enredos en los comicios. Cuando surgen datos de los documentos que expresan la posición moderada-católica «lo que más impacta al examinar el material es el carácter centralizado de la organización conservadora, los instrumentos totalmente legales, en nada distintos de los utilizados por los gobernantes, y la inconsistencia de los enredos denunciados, pese a la atenta vigilancia realizada».⁽³²⁾

La acción de los conservadores constituye un auténtico trabajo de partido, aparentemente mejor desarrollado que la de sus adversarios liberales, protagonistas supuestos de la modernización política italiana. Las trampas e intrigas clericales, en realidad, se dirigían a cumplir las normas de un auténtico comicio para asegurar la limpia emisión del voto del mismo modo que planteaba una férrea convocatoria ideológica a sus simpatizantes para ganar las elecciones o, al menos, bloquear el acceso de los adversarios, calificados como favorecedores del incremento de impuestos o, simplemente, como protestantes.

La fineza política del jefe de gobierno de la Corona, el conde de Cavour, observaba el desarrollo de ese fenómeno y lo estimulaba: «Haciendo uso reiterada y ampliamente de los derechos que la Constitución le da, llevando a sus labios, la taza de la libertad, el clero irá poco a poco encariñándose con esas instituciones y esa libertad (...) podrá dejar de constituir un partido absoluto y se basará en los otros partidos en los cuales la sociedad debe necesariamente dividirse».⁽³³⁾

Esta mirada larga de Cavour podría dar cuenta de los antecedentes que fueron apoyando la organización, posterior a la Primera Guerra Mundial del Partido Popolare, esa creación del sacerdote Don Sturzo, pensada como organización democrática, abortada entre la pinza del fascismo y el oportunismo del Papado en los Tratados de Letrán en 1929. Pero re-

⁽³⁰⁾ *Ibídem*, pág. 9.

⁽³¹⁾ *Ibídem*, pág. 24.

⁽³²⁾ *Ibídem*, pág. 25.

⁽³³⁾ *Ibídem*, pág. 26.

surrecta como Democracia Cristiana en la Primera República italiana.

Como en el caso español «la relación entre el sistema de normas, el poder de los aparatos y las formas organizativas específicas que la sociedad elaboraba en esas décadas -y que poco a poco iban poniendo en el primer plano facciones y partidos, grupos de interés y clientelas- no tenía nada de lineal».⁽³⁴⁾

IV- La Política moderna y su vinculación con la educación pública

El problema de la relación entre educación y sufragio universal en la Francia del siglo XIX constituye un enigma que desvela a ideólogos y políticos. El enigma para algunos republicanos es ¿cómo civilizar y educar a esa masa -sobre todo campesina- que parece carecer de las mínimas capacidades para la vida republicana? Existen, sin embargo, otros políticos que tienen mayor fe en la fuerza de lo republicano, como Louis Blanc quien afirma que «el sufragio universal es como el Arco del Triunfo por el cual pasarán uno a uno todos los principios salvadores».⁽³⁵⁾

Es para los comicios de 1863 que Jules Ferry instala el argumento de la irreversibilidad del sufragio universal. Pero los problemas de los republicanos continúan instalándose de manera casi interna y muy contradictoria. En primer lugar está el planteo de si la República constituye una institución irreversible. Es la pregunta que se plantean en diversas circunstancias constitucionales los republicanos más ardientes. Los más severos en esta causa llegan a afirmar, en síntesis, que la peor de las repúblicas es más soportable que la mejor de las monarquías. Esto es que, como posteriormente los revolucionarios socialistas, no están dispuestos a jugar la suerte de la institución a la volubilidad de un electorado imprevisible. Por donde la república es colocada por encima de la democracia, un argumento escuchado hasta la saciedad en muchas latitudes pero, sobre todo, en las argentinas para justificar los golpes militares del siglo XX.

El segundo problema es el del sufragio universal, institución de la que desconfían muchos republicanos. La cruzada ideológica contra esta alternativa universalista es encabezada por los positivistas. Para

Augusto Comte las ideas de 1789 eran puramente «metafísicas». Su discípulo Sémerie, simpatizante de la Comuna y laico intransigente, denuncia en 1872 a Jules Ferry y sus amigos republicanos del gobierno. En el folleto de lanzamiento de la revista *La política positiva* condena «la absurda teoría de la soberanía popular, según la cuál un voto vale por otro, sin distinción de inteligencia, moralidad o de civismo (..) Es por su deplorable apego a la metafísica de Rousseau que la Francia revolucionaria y su vanguardia republicana investida de la iniciativa regeneradora, marca el paso en el lodo desde hace ochenta y tres años (..) Se convoca hasta en el fondo de los pueblos más atrasados a los campesinos más rudos y entonces los hombres que han desbancado al Imperio se ponen de rodillas frente a aquellos que los han apoyado, los republicanos frente a los bonapartistas. Llamamos a esto en sus devociones, posternarse frente a la majestad del pueblo».⁽³⁶⁾

Pero los republicanos, como se mencionó más arriba, fluctúan en su consideración respecto del sufragio universal en relación a la República. En la década de 1870 se enuncian dos iniciativas aparentemente contradictorias dentro del campo republicano: el sufragio universal identificado con la República y por el otro esta institución colocada por encima de aquél instrumento electoral. Ferry afirma en una célebre proposición constitucional que «la forma republicana de gobierno no puede ser objeto de una proposición de revisión». La asimilación del sufragio a la República coloca a éste como principio último de legitimación, no como procedimiento electoral o de gobierno; porque la oposición monarquía-república no habla de un problema constitucional: constituye una dimensión filosófica, puesto que la república es una anti-monarquía radical.⁽³⁷⁾

El sufragio universal tiene entonces un límite: el horizonte de la República.

Para legitimar el distanciamiento de la verdad doctrinaria de los comportamientos efectivos del pueblo surgen las teorías justificadoras. Cuántas veces se esgrimirán en ese siglo y en el siguiente para consolar acerca de derrotas comiciales. El tema, planteado por George Sand, alude a la juventud, la falta de prudencia y habilidad del nuevo soberano: el niño-rey, que cree «en el recién llegado».

⁽³⁴⁾ *Ibíd.*, pág. 31.

⁽³⁵⁾ Rosenvallon, Pierre, *Le sacré du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, Ed. Gallimard, París, 1993. (Traducción efectuada en el seminario del Cap.V (tercera parte), La educación de la democracia, pág.1).

⁽³⁶⁾ *Ibíd.*, pág. 2.

⁽³⁷⁾ *Ibíd.*, pág. 3.

Para la naciente izquierda, esta desconfianza republicana es también un elemento en común, aunque sus objetivos fueran otros. Nada menos que Blanqui y Cabet cuestionan en 1848 la realización de las elecciones y demandan su postergación. ¿Razones? «El pueblo no sabe, debe saber (...) Las elecciones si se realizan serán reaccionarias (...) Dejad que el país nazca a la República; a esta hora, está aún aprisionado en el asfixiante envoltorio de la monarquía».

Y ese soberano-niño es sobre todo campesino. Ese campesino que soportó con sus votos el acceso de Luis Napoleón al poder es enfrentado al ciudadano culto de la ciudad. «Los republicanos empleaban las mismas expresiones que Taine o Renan para hablar de las masas rurales (...) Algunos de ellos retomaban incluso palabras habitualmente utilizadas por la derecha para decir que las voces debían pesarse y no contarse mecánicamente».⁽³⁸⁾

Este desprecio dura hasta que el voto campesino solidifica a la República después de haber sustentado al Imperio.

¿Cómo enfrentar estas oscilaciones crueles que ponen en juego en cada comicio el fundamento del sistema? Por la educación que guiará al pueblo en la república para que la democracia universal confirme aquello que debe confirmar. Comienza entonces en el último cuarto de siglo la febril carrera para vincular educación y democracia. Si hay «derecho al sufragio» deberá coexistir obligatoriamente con el «deber de la instrucción». («Hay que educar al soberano» podrá repetir Sarmiento atravesado por preocupaciones similares sobre los mismos problemas a 10 mil kilómetros de distancia de los debates parisinos, pero bien cerca de peligros comunes).

En la década del '80 se está en la búsqueda de un espíritu nacional que sea modelado por la educación. Edgard Quinet subrayó que la República y la democracia no podían durar a menos que crearan el equivalente de una religión nacional.⁽³⁹⁾ Y reducir así la influencia de la Iglesia.

La opinión republicana de 1880 se reconoce y entronca en la visión revolucionaria de Condorcet en 1793 cuando éste escribe que «no puede haber igualdad si todos no pueden adquirir ideas justas sobre los objetos cuyo conocimiento es necesario para

la conducta de sus vidas. La igualdad de la estupidez no es una igualdad, porque no existe entre los pícaros y los bobos, y porque toda sociedad que no es esclarecida por filósofos es engañada por charlatanes».⁽⁴⁰⁾

Condorcet espera de la instrucción que brinde un sentido verdadero al sufragio para todos: transformarse en la razón universal, realizando de éste modo el progreso del espíritu humano. Al lado de esta búsqueda educativa de la razón para el pueblo, los republicanos asientan su saber en Emmanuel Kant. El filósofo de Koenisberg llega a ser a quién se adosa la tradición republicana francesa para pensar la reconciliación entre cantidad y razón.

Nacen entonces los movimientos en pro de la educación del soberano. Las primeras organizaciones en pro de la educación popular se desarrollan para el crecimiento de la calidad del soberano y entre ellas destaca la Liga Francesa de la Enseñanza.

Afiliado a la masonería, Mace desarrolla una impresionante organización que en 1885 tiene adheridos a ella a un tercio de los diputados de la República y en 1870, en vísperas de la guerra con Prusia, contiene dieciocho mil adherentes. Y exalta una perspectiva casi religiosa del acto de votar.

Y los republicanos continúan con sus dudas acerca de cómo resolver el problema de la vinculación de cantidad y razón. ¿Hay que condicionar el derecho de votar al hecho de ser instruido, fijando un plazo de aplicación o, a la inversa, comenzar por declarar la instrucción obligatoria de tal manera que, en los hechos sea como se resuelva el problema? Los republicanos terminaron por decidir por la obligación escolar.⁽⁴¹⁾

El debate es largo y exhibe la perplejidad republicana. En 1881, el primer Congreso de la Liga Francesa de la Enseñanza opone a Mace contra Gambetta. El primero plantea que la condición necesaria del sufragio universal es la instrucción universal: «Cuando un pueblo ha dejado lo primero venir antes que el otro permanece en perdición hasta que le haya dado su complemento». La respuesta es de Gambetta y le plantea con firmeza: «al escucharlo me parecía que ibais a superar tal vez la medida legítima, porque el sufragio universal es un derecho antes de ser el ejer-

⁽³⁸⁾ *Ibídem*, pág. 6.

⁽³⁹⁾ *Ibídem*, pág. 8.

⁽⁴⁰⁾ *Ibídem*, pág. 9.

⁽⁴¹⁾ *Ibídem*, pág. 12.

cicio legal y regular de la razón culta (..) No habría que dejar decir un solo instante que su principio o su valor pueden depender del valor intelectual de un pueblo, porque ese estado intelectual nadie es capaz de medirlo». ⁽⁴²⁾

La instrucción pública pasa entonces a ser conciencia social. Diversas sociedades son fundadas para hacer encarnar en las costumbres las obligaciones que la ley demanda a la sociedad. Y al lado del ciudadano instruido se demanda la formación del soldado y del gimnasta. Crecen así las sociedades de tiro y de gimnasia que desarrollan la reserva militar de la nación.

El problema de la educación adquiere características complejas. No consiste solamente en la instrucción masiva del soberano sino en la empresa de crear la universidad francesa porque a principios de 1870 esta no existe realmente. Dotada de escuelas profesionales y de la Normal, la Universidad es responsabilizada -en última instancia- por la derrota de 1870 ante los germanos. El propósito que anima a republicanos y conservadores lúcidos es forjar una nueva clase política e intelectual. Surge una suerte de cientificismo republicano que se vincula con la tradición del difusionismo fisiócrata; la racionalización social constituirá un fenómeno que se desarrolla de arriba hacia abajo para modificar la sociedad, y atender a los nuevos problemas que se presentan con la masificación. A ese tema se enfrentan los nacientes sociólogos como Durkheim, Pareto, Tarde, Le Bon.

Se busca la «resolución orgánica» de la cuestión democrática lo que es difícil en Francia porque «el peso de la herencia revolucionaria permanece demasiado fuerte para eso y el universalismo abstracto funda aún en última instancia las representaciones dominantes de lo político y lo social». ⁽⁴³⁾

Surge entonces la imperiosa necesidad de organizar la sociedad de las capacidades, de la inteligencia, las nuevas elites. Se organiza una nueva jerarquía que no embista contra los principios y la tradición republicanas. Y de allí que surja el imperativo de que las nuevas elites sean instruidas; pero que esa instrucción no sea igual para todo el mundo. El peligro: que los formados con conocimientos abstractos, para los cuales no encontrarán espacio de desarrollo alguno,

se conviertan en los dirigentes canalizadores de las disconformidades de la sociedad.

Así lo ve Alfred Fouillé: «Las clases llamadas superiores tienen que ser dignas de ese nombre; el movimiento tiene que provenir de ellas y propagarse en el conjunto; movido y dirigido por ellas, el sufragio popular será útil por su inercia misma: igual que el volante de una máquina regulariza y multiplica la fuerza del motor». ⁽⁴⁴⁾

Más avanzado aún en esta progresión Charles Bigote afirma que «hay electores dirigidos, hay electores que dirigen; y todo el sufragio, aún directo, recae en un verdadero sufragio con dos niveles, en donde la muchedumbre no hace sino ratificar las elecciones hechas por un pequeño número». ⁽⁴⁵⁾ Y el que esto escribe no es un reaccionario. (Tendrá discípulos más allá del océano, cuando los conservadores-liberales argentinos organicen y dirijan el voto popular de una muchedumbre desorganizada hasta que arribe un nuevo organizador).

Entre tanto, será también el concurso público para muchos cargos públicos el generador de una nueva élite que quedará consagrada con la entrada en la lucha por el poder de las sucesivas oleadas de egresados de L'Ecole Nationale d' Administration (ENA).

En la izquierda los sentimientos oscilan y cambian. Los socialistas primero se oponen fuertemente al sufragio universal, luego lo aceptan como un medio de cambio y se convierten paulatinamente en sus partidarios radicales. Una célebre cita de Jules Guesde alude a la necesidad de «republicanizar la propiedad como el tercer estado, al menos en parte, ha republicanizado la sociedad». La propuesta de apropiación colectiva de los medios de producción ingresa en la tradición de los principios de 1789 y 1793, más que en los motivos de tipo económico como la reapropiación de la plusvalía o la liquidación del capitalismo. Continuamente los socialistas exaltan el mecanismo del sufragio como medio participativo y pedagógico y empujan el desarrollo del ciudadano-elector. Pero son los adversos resultados electorales los que vuelven a sembrar las dudas acerca de la permanencia de las ideas del adversario en el campo de los electores que deberían ser propios. Jules

⁽⁴²⁾ *Ibíd.*, pág. 13.

⁽⁴³⁾ *Ibíd.*, pág. 16.

⁽⁴⁴⁾ *Ibíd.*, pág. 17.

⁽⁴⁵⁾ *Ibíd.*, pág. 18.

Guesde y Jean Jaures disputan alrededor de los dos puntos de vista. De blanca paloma a tirano colectivo el ciudadano emergente de las masas cae, por lo menos en un sector de la izquierda, (ese nuevo comunismo que se abraza al Octubre ruso de 1917), en las redes de la alienación burguesa.

En Francia, pues la Revolución queda colocada por arriba del sufragio universal, tanto en las manos de la vieja izquierda como en la nueva. La Revolución de Mayo de 1968 marcará con fuerza esta tendencia en la última. Alan Krivine animador de las barricadas titulará un libro suyo (en 1969) *La farsa electoral* desencantado por la victoria comicial gaullista luego de la ilusión de la lucha de calles. Y será acompañado por Jean Paul Sartre que escribirá en *Le Temps Modernes* un artículo encabezado con la consigna «Elecciones, trampas para bobos». Será, entre otras cosas, la presión del compromiso histórico del comunismo italiano el que empujará al euro-comunismo que conduce en 1976 al Partido Comunista Francés, en su XXII Congreso. Allí la pétrea formación encabezada por Georges Marchais ablandará su estilo y reconocerá que la felicidad del pueblo no se puede hacer sin él y menos contra él. El sufragio universal se impone sobre cualquier otro horizonte ideológico y según Rosanvallon «fue necesario para ello que la idea de Revolución se borre definitivamente del horizonte de la cultura francesa».

V. La social democracia y el cartismo inglés, prácticas culturales y organización partidaria

El cartismo inglés y la social-democracia alemana constituyen dos movimientos políticos paradigmáticos en las referencias modernas de la constitución de partidos políticos obreros o de intención obrera. De alguna manera su modelo de constitución, o las ideas que interpretaron su estructuración han inspirado símiles y polémicas de alto nivel de compromiso y han definido líneas políticas por asimilación o repudio.

El cartismo inglés, cuyo modelo no fue tan internacionalizado como el de la social-democracia alemana, sufrió una fuerte incomprensión. «Desde el principio hubo una práctica unanimidad entre los observadores externos en considerar al cartismo no como

un movimiento político sino como un fenómeno social» y «ese movimiento independiente, a nivel nacional, de las ‘clases obreras’ que blandían lanzas en las concentraciones a la luz de las antorchas para defender sus ‘derechos’ era un acontecimiento sin precedentes, y cualquiera que fuera la forma oficial en que se identificara el cartismo los observadores contemporáneos no podían abstenerse de proyectar en él unos motivos y sentimientos más oscuros, inconfesables».⁽⁴⁶⁾

La interpretación clásica de Federico Engels (en La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844) plantea al cartismo como un movimiento de clase de un proletariado nacido de la gran industria y, por lo tanto, la relación entre esa gran industria, la conciencia de clase y el movimiento constituye una triada clásica. Engels rectificó otra perspectiva que identificaba a los cartistas como los grupos pre-industriales en decadencia frente a la moderna organización industrial. Pero esa interpretación social constituyó el enfoque predominante entre los contemporáneos.

Para Stedman Jones esta perspectiva olvida la forma política e ideológica específica en que dicho movimiento se manifiesta. Y de seguido señala que «la ideología del cartismo no puede ser concebida haciendo abstracción de su forma lingüística».⁽⁴⁷⁾

Y propone construir la relación entre las interpretaciones social y lingüística. Y eleva la consideración de un movimiento político a la convicción compartida por sus integrantes acerca de causas de los problemas y sus soluciones. Y así este movimiento luchó para defender el sufragio universal como la bandera más exaltada por sus partidarios. Se constituyó así como un movimiento nacional que articulaba las acciones de región o sector. La interpretación de Edward Thompson -elaborada en «The making of the english working class»- se elabora sobre la liberación del concepto de clase del condicionante reduccionista al desarrollo de las fuerzas productivas y, en cambio, relacionarlo más ampliamente con el desarrollo de un movimiento político que luchaba contra una fuerte represión.⁽⁴⁸⁾

Asentado sobre el lenguaje de los planteos radicales a partir de 1770 y plebeyizado y democratizado en los '90, el radicalismo se identificó con el «pue-

⁽⁴⁶⁾ Stedman Jones Gareth, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Ed. Siglo Veintiuno pág. 86.

⁽⁴⁷⁾ Op.,cit., pág. 90.

⁽⁴⁸⁾ Ibídem, pág. 96.

blo». En 1830, el «pueblo» pasó a ser considerado las «clases obreras». Diferenciado del malthusianismo y del socialismo de Owen «el programa del cartismo siguió siendo creíble mientras se pudo atribuir de modo convincente a causas políticas el desempleo, los bajos salarios, la inseguridad económica y otras calamidades materiales».⁽⁴⁹⁾

Hasta el ala izquierda del movimiento -como la Asociación Democrática de Londres- afirmaba que «las instituciones del país están en manos de los opresores porque los oprimidos no tienen voz en la elaboración de las leyes que rigen su destino: las masas están socialmente esclavizadas. Para poner fin al actual sistema caníbal debemos tener y tendremos el sufragio universal».⁽⁵⁰⁾

Al mismo tiempo, el cartismo enfrentaba lo que entendía como el papel aciago del comercio exterior en la economía inglesa y defendía la extensión del mercado interno como el método para no vivir con hambre en un país de abundancia.

Y al mismo tiempo, para el cartismo «el enemigo no eran los patronos como clase, sino los patronos tiránicos y despóticos en contraposición a sus colegas honorables».⁽⁵¹⁾

Interpretaciones progresivamente más complejas aludieron tanto al dominio de los capitalistas sobre el «antiguo tirano de la tierra» o más agudamente, como lo planteó William Thompson, que «la aristocracia feudal y la aristocracia de la riqueza se han fundido y los últimos admitidos en la nefasta coalición contra la felicidad de la gran mayoría de sus conciudadanos, son frecuentemente los enemigos más acendrados -como esclavos elegidos como conductores de esclavos en los distritos contaminados por la esclavitud- de las clases industriales, cuyas penalidades compartieron hasta hace poco».⁽⁵²⁾

A este juicio se agregó progresivamente a partir de los owenistas y cooperativistas, la convicción de que la miseria crecía al compás del avance de la competencia. Pero mientras los owenistas criticaban la competencia como un sistema general que extendía la opresión, los radicales y sindicalistas condenaban su exceso. Las convicciones cartistas a partir de Hodgskin entendían a la producción como un proceso natural y a la naturaleza como armoniosa, y la pobreza sur-

gía, en realidad, como resultado de la monopolización artificial de la propiedad gracias a las leyes. (El origen histórico de esta perspectiva se asentaba en tesis como la que describía la invasión normanda de Guillermo el Conquistador a Inglaterra sobre el fin del primer milenio cristiano como la causante del despojo de la tierra al buen pueblo sajón y el acaparamiento de la tierra entre los seguidores de aquél, teoría alentada por el auge del romanticismo).

El problema del cartismo fue también la relación con la clase media a la que consideraban dividida («una gran parte de ellos depende por completo de su clientela de pobres y otra parte considerable se rige por sentimientos humanos a pesar de sus intereses egoístas»⁽⁵³⁾) y a la que según algunos de sus voceros no habían conseguido atraer en sus sectores potencialmente más proclives como los pequeños tenderos y maestros.

El cartismo a partir de 1848, cuando se detecta la influencia de Marx y Engels, reclama la propiedad nacional de la tierra, la liquidación de la deuda nacional y el fin del control monopolista de los banqueros sobre la oferta de dinero. Todos estos elementos dibujaban la ociosidad y el parasitismo de la clase dirigente.

En definitiva «lo específico del cartismo fue, en primer lugar, la equiparación del pueblo con las clases obreras a consecuencia de 1832 y, en segundo lugar, el correspondiente desplazamiento del acento puesto en la relación entre el Estado y la clase obrera, subrayado por la legislación progresista posterior a 1832, el año de la Reforma Electoral Whig».

Pero «el cartismo no se desintegró a principios de la década de 1850, sino de la de 1840». La política y el carácter del Estado (con la reducción de impuestos al consumo realizada por el gabinete tory de Robert Peel y continuada por el gabinete whig de Gladstone al colocar el interés del Estado por encima del de los particulares) fueron los enemigos principales del cartismo. Como primer ministro Peel rechazó las leyes del Trigo, tarifas cerealistas que habían protegido a los aristócratas terratenientes torys pero habían encolerizado a la clase media del partido Whig. Este innovador tory ganó votos de la clase media restándoselos a los whigs pero lo hizo

⁽⁴⁹⁾ *Ibíd*em, pág. 101.

⁽⁵⁰⁾ *Ibíd*em, pág. 103.

⁽⁵¹⁾ *Ibíd*em, pág. 112.

⁽⁵²⁾ *Ibíd*em, págs. 115-116.

⁽⁵³⁾ *Ibíd*em, págs. 143-144.

⁽⁵⁴⁾ Viereck, Peter, *Conservadorismo*, Ed. Agora, Buenos Aires, 1959, págs. 53-55.

⁽⁵⁵⁾ Roth, Gunther, *The social democrats in Imperial Germany. A study in working class social isolation and national integration*, New Jersey, Towota, 1963.

Traducción de Mariela Pugliese y Paula Seiguer, cap. VII, *El rol del marxismo en la subcultura social-demócrata*, pág.1.

⁽⁵⁶⁾ Op.cit., pág. 5.

⁽⁵⁷⁾ Ibídem, pág. 10.

⁽⁵⁸⁾ Ramos-Oliveira Antonio, *Historia social y política de Alemania*, tomo I, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 3ra. Edición, 1973, pág. 237.

⁽⁵⁹⁾ Roth, op.cit., pág. 33.

⁽⁶⁰⁾ Ibídem, pág. 38.

⁽⁶¹⁾ Ibídem, pág. 43.

Bibliografía

-Agulhon, Maurice, *1848- El aprendizaje de la República*, editado por la Secretaría de Publicaciones del CEFYL-FUBA, 1995, tomado de AGULHON, Maurice, *1848 ou l' apprentissage de la République*, Editions du Seuil, París, 1973, en traducción de Marcela Nari y Luciano de Privitellio.

-Furet, Francois, *Pensar la Revolución Francesa*, Ed. Petrel S.A., Barcelona, abril 1980.

-Habermas, Jurgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Ed.GG MassMedia, México, 1986.

-Hampson, Norman, *Historia social de la Revolución Francesa*, Ed. Alianza Universidad, Madrid.

-Hobsbawm, E. J., *La era de la revolución (1778-1848)*, Ed. Labor Universitaria- Monografías, Barcelona, 1991.

-Martínez Cuadrado, Miguel, *La*

al costo de una escisión de su partido, quienes bajo el comando de Benjamín Disraeli ensayaron una nueva política: aliar a los propietarios rurales y trabajadores urbanos contra la clase media comercial. Un nuevo partido Liberal unió a los viejos whigs y al ala tory de Peel bajo la jefatura de Gladstone, pero los nuevos torys (en adelante conocidos como conservadores) superaron sus derrotas de '32 y '46 y condujeron a Disraeli al gobierno en el marco de una nueva alianza y una nueva política conocida como conciencia social tory que ejecutó en 1867 la reforma electoral que extendió el voto a los trabajadores urbanos.⁽⁵⁴⁾

En tanto, en la Alemania Imperial la social-democracia constituyó un fuerte movimiento de resistencia al poder establecido que, a diferencia de la Inglaterra Imperial rechazó las tentativas de integración política y cultural. Una nueva forma de vida fue propuesta a los trabajadores alemanes; el vehículo fue «una prolifera red de organizaciones políticas, económicas y culturales»; se organizó como una subcultura esto es «un complejo de creencias actividades organizadas», separado por una parte del sistema dominante y, por la otra, gestando una naturaleza especial de vínculos.⁽⁵⁵⁾

La potencia de la social-democracia se demuestra, a la inversa del movimiento sindical inglés, por su capacidad de crear sindicatos: en las Islas es luego del desarrollo de éstos que fue construido el partido Laborista.

La social-democracia alemana diseñó un fuerte desarrollo de su organización a partir de la profesionalización de funcionarios que estructuraron y consolidaron la estructura partidaria en la legalidad y en la proscripción. La competencia posible de la social-democracia fue planteada por el partido del Centro, por el apoyo directo ideológico y práctico de la Iglesia Católica.

Los límites de la social-democracia alemana fueron marcados por su incapacidad para superar los límites clasistas y urbanos y por el sostenimiento de una rígida ideología marxista determinista.

Y esa rigidez, por una parte permitía confiar en el arribo a plazo fijo de la revolución proletaria al tiempo que servía como poderoso escudo para atravesar

la larga etapa de aislamiento bajo la dureza de la monarquía guillermina.

Lentamente, en esa estructura social y condición histórica «el marxismo servía ahora, sobre todo, para permitir al proletariado diferenciarse ideológicamente de la clase media» y pasó a ser «una ideología profesional con cuya ayuda el obrero conciente defendía y mejoraba su posición dentro del orden social de la clase media».⁽⁵⁶⁾

La acción del Estado Imperial Alemán combinó la represión con la conformación de un marco de trabajo parlamentario subordinado al poder autocrático del Kaiser, pero dentro del cual el movimiento sindical alcanzó éxitos evidentes.

La lenta organización del partido social-demócrata atravesó la fuerte polémica entre Durhing y Marx a propósito de la aparición de *El Capital*. Finalmente pese a que las posiciones de Marx no conquistaron al conjunto del partido de inmediato, lentamente avanzaron sobre la elite del mismo. Bebel, Bernstein, Kaustky y otros fueron incluyéndose en el sistema de pensamiento de Marx. Las insuficiencias de Duhring, por una parte, y el énfasis determinista de la interpretación marxista, por la otra, que convenía al partido mucho más, decidieron la puja. «La intensa represión de 1878 a 1890 tuvo el efecto de reforzar tanto la política moderada del movimiento obrero, como la contribución del marxismo a la defensa interna y externa de la misma existencia del partido».⁽⁵⁷⁾

El partido resistió, con el auxilio de la teoría marxista, las propuestas de radicalización hacia el anarquismo que se propusieron con fuerza luego de la disolución producida en 1878 a partir de la legislación bismarkiana.

Al ser elemento constitutivo de la identidad social-demócrata la ideología marxista fue utilizada como instrumento eficaz por los funcionarios partidarios de bajo rango que trabajaban en la constitución de la organización clandestina. «En algunos estados como en Sajonia, las leyes prohibían que se formaran asociaciones políticas obreras, pero autorizaban el funcionamiento de sociedades culturales. Surgieron muchos 'Arbeiterbildungverein', como se llamaba a estas entidades culturales de la clase obrera, oficialmente apolíticas, más en la prác-

tica defensoras de reivindicaciones de carácter político».⁽⁵⁸⁾

La actividad más importante de la acción ilegal consistía en la distribución de la prensa y la propaganda partidarias, convirtiéndose nuevamente el periódico en el eje de la organización partidaria.

La adopción del marxismo constituyó más que un programa un sistema de pensamiento, una ideología partidaria de la cual todas las corrientes, de izquierda a derecha luego de 1890 -momento de la relegalización- se convierten durante en tributarias, exégetas y apologistas. Y las líneas polémicas internas, derecha (revisiónismo), centro dominante, e izquierda minoritaria revolucionaria, polemizan en ese campo.

También en el proceso de organización partidaria se producen colisiones entre funcionarios medios y los literati (intelectuales) cuando muchos de aquellos y representantes de los sindicatos cuestionaron la viabilidad de las huelgas generales en pro de la democratización del sistema político.

En la organización se manifestaban dificultades para la participación de la mujer en primer lugar por el costo del trabajo femenino en el mercado, lo que originaba un fuerte resentimiento de los hombres. Y por las dificultades en la vida cotidiana de las mujeres cuyos maridos intervenían activamente en la vida organizativa y limitaban así sus posibilidades de ascenso social. De la misma manera, el movimiento juvenil socialista tuvo muchos problemas para su inserción en la vida social-demócrata, sobre todo cuando emprendió la lucha contra el militarismo.

El crecimiento del poder institucional del sindicalismo planteó conflictos con el aparato partidario; los hombres del gremialismo defendían la organización gremial como el elemento vital de la cultura social-demócrata. Pero los conflictos planteados no generaron cuestiones insolubles entre dirigentes medios y altos y entre aquellos y los intelectuales. Más bien se produjo una rutinización de la actividad partidaria. La discusión política dejó paso a la distribución de la propaganda partidaria. Para los dirigentes intermedios, los llamados hombres de confianza, las disputas entre los dirigentes de alto nivel contribuían a desalentar la participación de los afiliados.

La limitación de esta vida partidaria parece haber contribuido al estrechamiento del campo de las alianzas posibles. «Las inclinaciones ideológicas de los funcionarios proletarios urbanos, apoyados vigorosamente por el argumento marxista de Kaustky acerca de la inevitable disminución del pequeño comerciante y el pequeño campesino, predominaron sobre el intento de los reformistas y del poder ejecutivo de apelar a otros estratos sociales».⁽⁵⁹⁾

Este aislamiento clasista se combinó con la exaltación de la fuerza de la máquina partidaria. Bernstein afirmó al respecto que «hemos erigido organizaciones en las áreas más diversas que, gracias a un afanoso trabajo han hecho de nuestro movimiento un estado dentro de un estado. Esto ha pasado a ser mucho más incómodo para nuestros enemigos que si hubiéramos corrido el riesgo de apostar. No osamos arriesgar el destino del movimiento; hemos conseguido demasiado, y lo que se ha construido es demasiado valioso».⁽⁶⁰⁾

Esta fuerte sub-cultura social-demócrata dio cuerpo a un modo particular de vida de las masas obreras. «El marxismo oficial constituyó sólo una parte de lo que el movimiento significaba para los obreros (...) Muchos trabajadores estaban ansiosos de probarse a sí mismos que eran sobrios y respetables»⁽⁶¹⁾ y ello fue una oportunidad que le fue brindada por aquella vigorosa sub-cultura. Pero pese a los esfuerzos de la vida cultural del movimiento, la persistencia conservadora en la escuela, el servicio militar y los medios de comunicación, fortalecieron pautas moderadas que pueden dar parte de la explicación del comportamiento político posterior a la Primera Guerra Mundial de la gran fuerza social-demócrata.

Desde los clubes políticos de la Revolución Francesa a la prensa institucional de la social democracia alemana, la gráfica se constituye en el centro de la forma partidaria occidental que tiene su límite de crecimiento con el final de la Segunda Guerra Mundial. A partir de entonces, la expansión de la televisión golpeará profundamente las tradicionales formas partidarias: la video-política personalizará el debate y aquellas ingresarán en crisis profunda junto a su par la escuela pública.

burguesía conservadora, Ed. Alianza Universidad, Historia de España Alfaguara VI, Madrid, 1973.

-Martin, Henri-Jean, "La imprenta", en Williams, Raymond (Ed), *Historia de la Comunicación* (vol. 2), Ed. Bosch Comunicación, Barcelona, octubre 1992.

-Mattelart, Armand, *La invención de la comunicación*, Ed. Siglo XXI, México, 1992.

-Marx, Carlos, "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en *Obras Escogidas*, Tomo I, Ed. Progreso, Moscú, 1980.

-Ramos-Oliveira, Antonio, *Historia social y política de Alemania*, tomo I, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 3ra. Edición, 1973.

-Romanelli, Raffaele, *Le regola del gioco. Note sull' impianto dello sistema elettorale in Italia (1848-1895)*, Quaderni Storici, nro. 69, anno XXIII, fascicolo 3, diciembre 1983.

-Rosenvallon, Pierre, *Le sacré du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, Ed. Gallimard, París, 1993.

-Roth, Gunther, *The social democrats in Imperial Germany. A study in working class isolation and national integration*, New Jersey, Towota, 1963 (Traducción, cap. VII, de Mariela Pugliese y Paula Seiguer)

-Stedman, Jones Gareth, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Ed. Siglo Veintiuno.

-Tocqueville, Alexis de, *El antiguo Régimen y la Revolución*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1969.

-Trotsky, León, *Historia de la Revolución Rusa* (Tomo I), Ed. Tilcara, Buenos Aires, 1962.

-Viereck, Peter, *Conservadorismo*, Ed. Agora, Buenos Aires, 1959.